

IV

Viernes, 7 de octubre, de 188...

Me despierto, tras sueños confusos. Me visto, inquieta la mente, para acudir al cementerio.

En mi equipaje he colocado uno de esos vestidos turcos, bordados, que la gente del pueblo viste los días de fiesta: pobre reliquia, un tanto ajada, de nuestros tiempos de Eyub. Lo usaba en nuestro pisito, por nuestro barrio, allá, por la noche. Azyadé me había hecho jurar, también, que yo retornaría con este traje, para que ella volviese a verlo; y, después de diez años, lo visto nuevamente, aunque sea para ir a visitar su tumba en el cementerio. Luego, cuando ya estoy vestido así, me acomete una duda: estas ropas orientales que tan familiares me eran antaño, me causan hoy el efecto de un disfraz, de una triste mascarada... Quisiera, por esto, despojarme de ellas y guardarlas. ¿Qué hacer?... Intento ocultarlas bajo

un sobretodo vulgar, de color indefinido— que, en seguida, reemplazo por una capa de viaje, más larga aún, en la que me envuelvo hasta las polainas doradas. ¡Cuán pueriles todos estos detalles, tratándose de una peregrinación fúnebre cuyo dominio os turba hasta el fondo del alma!

Abajo está ya dispuesto un buen carruaje, que encargué la víspera, para que las mujeres pudieran tener asiento en él, a mi lado; y me pongo en marcha, bajo un hermoso sol, puro, que respira alegría.

Es menester dar un gran rodeo y pasar por calles de pendientes peligrosas para poder ir en coche a la plaza de Hadji-Alí, en la que ellas me han citado, ya que Kassim-Pachá es un arrabal bajo, separado de Pera por las hondonadas del «Campo de los Muertos».

Sin embargo, llegamos. Aquí están ya la pequeña mezquita blanca, y sus cipreses negros.

En la plaza de Hadji-Alí, columbro dos mujeres que me esperan; nada más que dos: Anaktar-Chiraz y la hermana de Achmet. La tercera, Kadidjá, la esencial, la más deseada, ¿cómo es que no está allí?

Las otras dos, al verme, hacen un gesto de consternación.

—¿Qué es esto, Dios mío?... ¿Ha rehusado verme?... ¿Ha muerto, acaso? ¡Entonces sí que estaría terminado todo! Habría naufragado en el puerto y nadie ya, en el mundo, sabría guiarme... Tengo tiempo para decirme todo esto, en algunos segundos de ansiedad jadeante, mientras salto a tierra y corro hacia las mujeres para interrogarles.

—No—me responden. —No es nada tan grave. Es que la pobre vieja está enferma, desde el año pasado, clavada en un camastro, imposibilitada de dar un paso. Y ningún coche puede llegar al barrio en que ella vive; tan estrechos y empinados son los caminos.

Por otra parte. ¿A qué había de venir ella hasta aquí, siendo así que la tumba que buscamos está en la otra costa del Cuerno de Oro, por la parte de Estambul, aunque mucho más lejos, en el campo, fuera de murallas?

¡Fuera de los muros de Estambul! ¡Allá es donde la han enterrado! ¡Oh! ¡Cómo este pensamiento, me parte ya, por anticipado, el corazón!

Rápidamente surge ante mí, en mi pobre mente, la región desolada formada por eriales y por bosques de cipreses que se extien-

de al pie de las viejas murallas inmensas desde el Fanar hasta Siete Torres; todo el fúnebre desierto de una decena de kilómetros de largo, en el que son enterrados, al azar, los muertos vulgares. ¡Allí es donde la han sepultado! Algunas veces, ya había yo sentido el espantoso temor de ello, sin querer, por lo mismo, atormentar mi pensamiento con esta idea. No; antes trataba de representármela durmiendo en alguno de estos deliciosos cementerios de Escutario de las orillas del Bósforo. Y ¿cómo descuorir allá, en aquel sitio, su querida sepultura, si esta Kadidjá, que es la única persona que la conoce y que, sin duda, no ha de vivir largo tiempo, no puede venir hoy mismo, cueste lo que cueste, a enseñármela?

Una vez más experimento la angustia de sentir que el hilo conductor se quiebra y se escapa de mis manos; la angustia de buscar una fórmula cualquiera, siempre con esta misma prisa febril, y de hallar algún...

Al fin brota una idea en mi mente, y llamo al cochero griego que me ha servido.

(Este conciliábulo en esta plaza, este extranjero, este coche, son cosas asombrosas para las gentes de este barrio inmóvil; y tras las rejas de las ventanas, comienzan a entreverse ya algunos pares de ojos). He

aquí que me acuerdo, de pronto, de las literas que, diez años ha, estaban aún en boga, en Pera. Yo había visto en aquella época, las tardes de lluvia, actrices o bailarinas que se hacían conducir así al hotel. Este cochero, que tiene traza de listo sabrá, quizás, hallarme una, en seguida, y traérmela aquí mismo con un relevo de camilleros...

Una moneda de oro, a cuenta; otra, después, por su trabajo, si me proporciona todo esto en media hora. Y parte, seguro de su éxito, fustigando sus caballos.

Una más aún de estas esperas inciertas como las que tan amenudo, han cortado mi jornada de ayer. Mientras tanto, me siento sobre una piedra, entre las dos mujeres. Me despojo de mi capa gris, que, en estos barrios es más extraña que mi traje oriental; y ahora los bordados de mi vestido, antaño recogido por ella, vuelven, después de tantos años, a brillar con sus reflejos de otros tiempos ante el sudario de cal de los mismos viejos muros; y en la blanca callejuela, soleada, solitaria, me siento feliz, con melancolía, al haber vuelto a adoptar por un momento, el aspecto de cualquier paisano de aquí.

Treinta, cuarenta minutos se deslizan en una espera silenciosa. Las dos enlutadas

mujeres, yacen sentadas, la cabeza entre las manos, una a mi derecha, la otra a mi izquierda;—cual pensamientos de muerte que hubieran adquirido forma humana.

Por fin, allá, en lo alto, en la cúspide de una cuesta que domina el barrio de Hadji-Ali, aparece, recortado sobre el fondo del cielo, el carruaje que vuelve al paso, ¡seguido de la litera y de los angarilleros!

¡Aprisa, aprisa! Que el coche me espera aquí con Anaktar-Chiraz, una hora, dos horas, todo el tiempo que sea menester, y que la hermana de Achmet, los camilleros y la litera, bajen conmigo hasta el Cuerno de Oro, donde alquilaremos un gran esqui-fe para pasar a Estambul.

Ya en Estambul, desembarcamos en el sombrío Fanar, en la escala más próxima al barrio de Kadidjá; después trepamos por calles en escalera, entre murallas desconchadas y ruinosas, y observados por los raros transeuntes, que se vuelven a mirarnos, con un aspecto de hostil inquietud.

En un chiribitil sin nombre, en un oscuro camaranchón, yace Kadidjá, tendida sobre andrajos horribles, lanzando apagados gáñidos, como una pobre bestia enferma. Pero es ella, ciertamente; y yo creo que nin-

guno de los rostros ni ninguna de las cosas que he vuelto a ver en Constantinopla, me han impresionado tanto como esta vieja faz negra, en la que hay algo de la malicia del mono agonizante, y de suplicante ternura; no sé qué mezcla de animalidad que se descompone y de un fiel espíritu que se va.

Al acercarme a ella, tenía miedo de sus reproches y de su cólera. Pero la explosión de todo esto se disipó ya ayer, cuando la hermana de Achmet pronunció mi nombre; después me perdonó, porque había vuelto. Ya no oigo el terrible ¡Eulú! ¡Eulú! ni la maldición que me anunciaba un presentimiento cruel, diez años ha, cuando escribí el capítulo final de *Aziyadé*. Por el contrario, ella me tiende sus pobres manos negras, arrugadas, torcidas, horribles. A pesar de todas las distancias, nuestros ojos se penetran y se comprenden. Lloro; y, mirándola, siento que mis lágrimas brotan, también. Ella es la última de las últimas, negra, esclava de nacimiento, ahora despojo humano apenas, que perece de miseria, en un muladar... Y, me inclino sobre ella con tierna piedad y hasta creo, que, sin gran esfuerzo, le daría un beso de misericordia.

Seguramente; — dice — se levantará a

pesar de sus males, y se dejará conducir y llevar; hará cuanto yo quiera aún a riesgo de morir esta tarde, feliz, mucho más feliz de cuanto ella hubiera sabido pedir a su cielo, dichosa del papel que va a representar entre su ama y yo; feliz con la suprema visita inesperada que va hacer a su tumba. Y sus lágrimas corren, corren sobre lo negro de sus mejillas: lágrimas de alegría que la transfiguran.

Mas otra nueva dificultad se presenta. Los camilleros muestran ahora su disgusto y no quieren prestarse a este plan. ¡Cómo! Levantar ellos eso, con sus brazos; sentarlo en su litera, tapizada de terciopelo nuevo... ¡No; eso, jamás! Ellos son conductores elegantes de bordado traje que no se prestan a ser rebajados con un trabajo tal. Rehusan.

Reflexiono, además, que esta pobre vieja casi desnuda, se enfriará mortalmente, una vez apartada de los pingajos inmundos que están amontonados sobre su cuerpo; pero recuerdo haber visto al pasar hermosas mantas de lana color naranja, en los anaqueles de una tiendecita de judíos; y ruego a la hermana de Achmet que corra y compre una. Entre ella y yo, envolveremos

a Kadidjá en la manta, la alzaremos en brazos, la llevaremos a la litera, y los moros podrán ya, llevarla sin temor.

Un cuarto de hora más perdido en este tocado que parece un atardamiento. Al fin la vieja, envuelta, arropada por la lana gruesa y nueva, y sentada en la litera de terciopelo, sonríe, a pesar de su dolor y de su pena, ante este lujo desconocido hasta aquí, durante toda su vida. Y partimos, despidiéndonos de la hermana de Achmet, con apretones de manos y agradecimiento.

Al marcharnos, Kadidjá, parece resucitar a la vida. Con una voccecita clara, da sus órdenes e indica por qué parte de Estambul habrá que salir. Avanza la mañana. Alquilo un caballo en el camino y ordeno a los muchachos que corran. Chiquillos que ven pasar el gran lujo de la litera escoltada por un caballero dorado como un *cavás* de bajá, atisban por las ventanillas de cristal para ver la belleza que es transportada tan de prisa; y, después, se asustan al sorprender aquella cara negra de macaco.

Todas estas agitaciones, todos estos apresuramientos, me han hecho perder de vista el objeto de la caminata. Además, influye el placer físico de montar este buen caballo

joven, que la casualidad me ha deparado; el placer de cortar el aire vivo y puro en una hermosa mañana de sol... Y otra vez aún, el olvido vuelve. Marcho al trote, aligerado el corazón, interesándome por las cosas singulares y grandiosamente tristes del contorno.

Caminamos largo tiempo por estos barrios casi inhabitados, medio en ruinas que se llaman «El Viejo Estambul». Después, la gran muralla almenada que encierra todo esto, se nos presenta, al fin. Salimos por antiguas puertas ogivales que se suceden en obscura bóveda; y henos aquí en el campo ya, en el desierto de las tumbas.

A nuestra espalda, estos baluartes que acabamos de salvar, parecen el cerco de alguna colosal ciudad abandonada. Increíblemente altos, erizados de dientes puntiagudos, flanqueados por enormes torres, se alejan de nosotros, a derecha e izquierda, indefinidamente paralelos, perdiéndose en las lejanías desoladas.

Ante nosotros se extiende la interminable región de las sepulturas; eriales de un gris rojizo salpicadas aquí y allá por grupos de cipreses negros, que se alzan como las agujas de una iglesia. Un pueblo de tumbas cubre este suelo, con sus piedras encima, de

todas las edades, de todas las épocas de la historia. Esta tierra árida está llena de osamentos de muertos.

Antaño, cuando yo vivía en Eyub, rara vez venía por estos sitios. Una vez, sin embargo, dimos un paseo por aquí, en pleno día. Vinimos ella y yo, después de comer, una tarde de diciembre, escogiendo este lugar porque era el más desierto. Y, muy cerca de aquí,—lo recuerdo bien—un pajarito, que, sin duda equivocaba la estación, cantó para nosotros solos, un canto de primavera desde las ramas de uno de estos cipreses... Después, más lejos, vimos enterrar una hermosa muchachita—que debe de ser polvo hoy.

¡Oh! Este paseo sobre la hierba cortada y las margaritas de invierno, el único que nos atrevimos a dar juntos, bajo la luz del sol... ¡Cómo, y de qué modo tan desgarrador, lo recuerdo ahora!

Vuelvo a darme plena cuenta, de todo lo que de infinitamente melancólico hay en nuestro intento. La idea de que me acerco a ella, a los despojos de lo que ha sido su cuerpo, me hace experimentar profundos estremecimientos glaciales, y siento reavivarse en mí la impresión física, peculiar de las horas de duelo; la impresión de sentir el pe-

cho y las sienas perforadas lentamente, y cada vez más, por tornillos de hierro.

Miro en torno mío las sepulturas más próximas y también las más lejanas, buscando, interrogando con la vista las menos viejas, las que aún permanecen blancas y en las que brilla un poco de oro; las que no han adquirido aún el uniforme tinte gris rojizo del conjunto de todo este inmenso osario.

Durante muchos años había yo previsto, adivinado, este paseo fúnebre, todo cuanto hoy es realidad. Pero jamás había supuesto que se verificaría en la región de supremo abandono en que nos encontramos. No; no creí nunca, verme obligado a buscarla entre esta tribu de muertos. Ciertamente, padecería menos creyéndola fuera de aquí, perdida en medio de tantas y tantas otras que no tienen ya siquiera nombre, que no tienen ya siquiera piedra...

Hadidjá ha hecho torcer a los mozos hacia la izquierda y costeamos ahora la aplastante, la interminable muralla almenada, en dirección a Siete Torres, caminando sobre un terreno desnudo, que ofrece un aspecto de maldito.

Debemos acercarnos, pues la vieja ha golpeado el cristal de la litera con su negra mano, haciendo signos de marchar despaci-

to; y la veo que mira, con los ojos dilatados, que busca... También ella tiene ahora un gesto de duda, de vacilación—¡y yo, tiemblo!—¡Ah! Ya ha debido de verla, pues hace detenerse a sus arrogantes conductores, con un gesto de mando... Por aquí, a la derecha, hacia ese breve montículo en el que hay una decena de piedras en pie. ¡Allí es! Entre este número hay tres o cuatro tumbas de mujeres que distingo a simple vista, con los remates pintados de azul o de verde, con inscripciones, y un capitel de flores extrañas, doradas en algún tiempo... ¿Aquella?...

Se hace apear, la pobre vieja, vacilante, con la mirada ardiente. Apoyada en los mozos, que la tienen envuelta en el anaranjado cobertor—no por cuidados hacia ella; sino por asco de su cuerpo—camina casi firme. Ha liberado de los pliegues de la manta sus horribles brazos de momia, en los que se acusan las hinchadas venas, y camina, por un esfuerzo de su voluntad entre los hombres que la sostienen; y avanza dando tropezones que le hacen padecer mucho... Yo la sigo con piedad infinita.

¿Cuál de aquéllas tumbas? ¡Ah! Sin duda, aquélla hacia la cuál parece dirigirse, pintada de apagado azul, con inscripciones

de oro aún brillantes... ¡Sí, aquélla es!... La negra se arroja sobre ella, y a ella se agarra con sus dos crispadas manos... ¡Pobre mono viejo cuya vista molesta; que infunde miedo!... En seguida se vuelve hacia mí para gritarme con alterada voz, salvaje, aguda, sorprendente en medio de este silencio: «¡Bourdá! ¡Bourdá, Aziyadé!» (¡Aquí! ¡Aquí, Aziyadé!) Hay en ello un sentido oculto que comprendo, y que me atraviesa como una espada: — «¡Eres tú, tú, quien la ha traído aquí!»... Después, súbitamente, me toma las manos y con voz completamente cambiada, con una voz de criaturita, dulce, dulce como para pedirme perdón, repite: «¡Aquí! ¡Aquí, Aziyadé!... ¿Ves?... ¡Aquí es donde está ahora!»... Y, al mismo tiempo, una mueca que parte el alma, contrae su faz y un torrente de lágrimas brota de sus ojos...

Bajo la cabeza; pero ni una sola lágrima acierto a derramar. Con un gesto maquinal para descubrirme, como se hace ante las sepulturas cristianas, llevo mi mano a la frente... Después, la dejo caer. Olvidaba el traje que visto para venir aquí: el fez turco no se quita jamás; ni aún para rogar a Dios. Me apoyo en el mármol, buscando entre las inscripciones retorcidas, que yo no sé

descifrar, buscando su nombre, el verdadero, el amado, el grabado sobre la tosca sortija de oro que ella me dió, el que está escrito, también, en mi pecho, con pequeñitas letras indelebles... Pero, ¿cómo es que, de pronto, me hallo tan tranquilo, distraído, casi?... Parece como si no comprendiese bien; como si no estuviese aquí ya. ¿Qué es, pues, lo que ha cerrado mi corazón de modo tan inesperado? Sin duda la presencia de estos hombres, con sus miradas curiosas, con su asombro casi irónico; todo este grupo; todo este aparato, casi teatral. ¡Oh! ¡Era menester poder haber venido solo! No debían estar ellos aquí... Sus miradas, su proximidad sola, son ya insultantes para esta sepultura amada.—Y si ellos lo adivinan todo, quizás sea esto hasta un peligro, más tarde, para la tranquilidad de este lugar, cuando yo esté lejos...

Volveré solo, mañana por la mañana. Tendré tiempo aún, ya que el vapor que me espera, no zarpá hasta las tres de la tarde. Esta será mi verdadera visita. Pero, ahora, vámonos. Estas gentes que pisotean la tierra, que hablan...; lo profanamos todo...

A la que duerme bajo esta piedra, a ella, le digo en mi interior:—«Volveré, solo, a verte, pobrecita nena; pasaré contigo la

mañana de mañana, en tu desierto. Tú sabes bien que te amo; ya que por encontrar-te, he realizado todo este largo viaje...» A pesar de todo, sin querer, miro furtivamente la tierra sobre la que se alza el monolito de mármol... No; no quiero pensar hoy en lo que hay debajo de él... Vuelvo la cabeza, y, a fuerza de querer erguirme, torno, de pronto, a sentirme impasible, con dura expresión.

Tomo nota de los alrededores, con atención extrema, para no equivocarme el camino cuando vuelva solo. Cuento, además, los bastiones cuadrados de esta formidable muralla sombría que parece cerrar el mundo detrás de nosotros, desde el lugar en que estamos, hasta la puerta por la que vamos a salir; después, apresuradamente, dibujo en un librito de memorias, los alineamientos, la silueta de los cipreses, a fin de asegurar todas mis señales. Grabo, para siempre, todo este fúnebre lugar en mi memoria; para no olvidar el camino cuando, dentro de diez años, de veinte años, me sea dado poder volver acá... Busco también algunas matitas que poder llevarme mañana... ¡Ay! ¡Casi no existen!... ¡Tan árida es esta tierra!... Solo dos o tres hojillas imperceptibles, espinosas, de un frágil liquen gris...